

# Bauhaus, cien años de soledad bien acompañados

Camilo Restrepo Ochoa

La Bauhaus no fue un estilo, fue una manera de pensar, un experimento social y pedagógico para cambiar el mundo, la sociedad, el planeta y la industria como no ha existido ningún otro. Propongo este texto desde la perspectiva de construir miradas contrastadas con un presente local, nacional y global lleno de paradojas, contradicciones y oportunidades. Este contraste es posible a la luz de la existencia de la Bauhaus como única en su género, como estructura pedagógica y operativa, a la luz de sus enseñanzas y aproximaciones en su contexto específico. La Bauhaus no tuvo competencia alguna en sus logros e influencia, y, quizá, siempre estuvo sola, pues aun hoy, cien años después, no ha existido ninguna otra tan ambiciosa, intrépida y arriesgada. Bajo ningún motivo pretendo sobrevalorar románticamente el pasado, pero cuesta encontrar ejemplos de este tipo de experimentos sociales y pedagógicos que hayan perdurado en el tiempo y bajo tan diversos contextos.

La Bauhaus nació en Weimar en la primavera de 1919 y fue disuelta por la presión de los nazis en 1933 en Berlín; fue fundada, liderada y gestionada por el arquitecto alemán Walter Gropius, bajo la idea y propósito de unir las diferentes ramas del diseño en un nuevo proyecto académico y social que resolviera el problema de la divergencia entre el diseño imaginativo y la eficiencia técnica, precisamente fusionándolas a partir de proyectos específicos a manera de espacios pedagógicos holísticos en los que se combinaban diferentes sistemas de conocimiento. Los proyectos específicos serían enlazados con sistemas productivos de estandarización, con fábricas, industrias y artesanos, con el propósito superior de llevar al

individuo a que sus capacidades naturales se apropiasen de la vida y del mundo como un todo, a partir de talleres prácticos y teóricos en manejo de materiales, diseño, filosofía, arte y comunidad. Para este propósito, Gropius tomó el mando de dos escuelas preexistentes, la Escuela de Artes y Oficios de Weimar Eisenach, y la Escuela de Bellas Artes de Weimar, gracias al apoyo y visión de lo que podríamos llamar hoy, y aquí, algo similar al comité Empresa-Universidad-Estado, en cabeza del gran duque de Sajonian-Weimar.

Eran tiempos convulsos y extraños en Alemania después de la Primera Guerra Mundial. 1919 comenzó de manera violenta con el crimen de Rosa Luxemburgo el 15 de enero en Berlín y, con este, una oleada de protestas se propagó por todo el territorio, demostrando cómo Alemania se encontraba en un estado de revuelta social, política y económica nunca antes vista, que terminaría con el ascenso de Hitler al poder y con la Segunda Guerra Mundial marchando a toda máquina veinte años después.

Al finalizar la Primera Guerra Mundial, Alemania era al mismo tiempo un Estado convulso, en transición y derrotado: pasó de ser un imperio decimonónico a una nación pre moderna, con sus logros industriales y con una economía totalmente aplastada después de la guerra.

La derrota sufrida en la Primera Guerra Mundial y su káiser exiliado en Holanda, eran la muestra perfecta del fin del antiguo orden. La insatisfacción social y las protestas, producto de los cambios en los sistemas de producción



Beatriz Olano, *Reflejo*, vinilos adhesivos y pintura sobre paredes, ventanas y piso, dimensiones variables, 2004

y de la acelerada modernización de principios del siglo xx que requerían atención de manera inmediata eran situaciones que se sobreponían a cualquier habilidad política de sus líderes y carecían de respuestas reales o perceptibles en la vida cotidiana de los habitantes. Alemania se vio presa entre sistemas productivos caducos y nuevas tecnologías, entre la humillación europea y su condición de potencia industrial. Pero, sobre todo, se vio presa entre grupos e ideologías políticas que, con visiones polarizadas e inciertas sobre qué rumbo debería tomar el otrora imperio, sólo lograban introducir al país en la miseria, y llevarlo a escandalosos niveles de hiperinflación (un dólar estadounidense equivalía a un millón de marcos en 1923). Paradójicamente, bajo esta crisis de

liderazgo político nacional, con altísimos grados de polarización e intolerancia, con la incapacidad de sus dirigentes y de la propia sociedad de crear consensos y de imaginar espacios de transición, surge la Bauhaus, la escuela de arte, diseño y arquitectura más influyente desde el siglo xx.

Sería absurdo decir o proponer que los tiempos de la Bauhaus y su contexto son similares a las condiciones actuales, o que incluso sea necesaria una Bauhaus. Aunque, sin duda, existen hoy fenómenos similares que han regresado, o que nunca se fueron, pero que han creado contextos similares por razones diferentes: el populismo, la xenofobia y el nuevo nacionalismo, el temor al mundo globalizado

y a los inmigrantes, la creciente presencia de inteligencia artificial y los desarrollos tecnológicos que eliminaron muchísimos puestos de trabajo humano, son solo algunos de los fenómenos que causan ansiedad y miedo, y que vuelven reenganchados y recargados en nuevas máquinas de propaganda y diseminación ideológica. Pero, como ya se dijo, y aunque vivimos en momentos, contextos y situaciones diferentes, es posible hallar respuestas interesantes a los retos del presente y a la incertidumbre sobre el futuro. Veamos por qué.

### La educación como sistema de transformación radical e integrador de saberes a partir de proyectos específicos

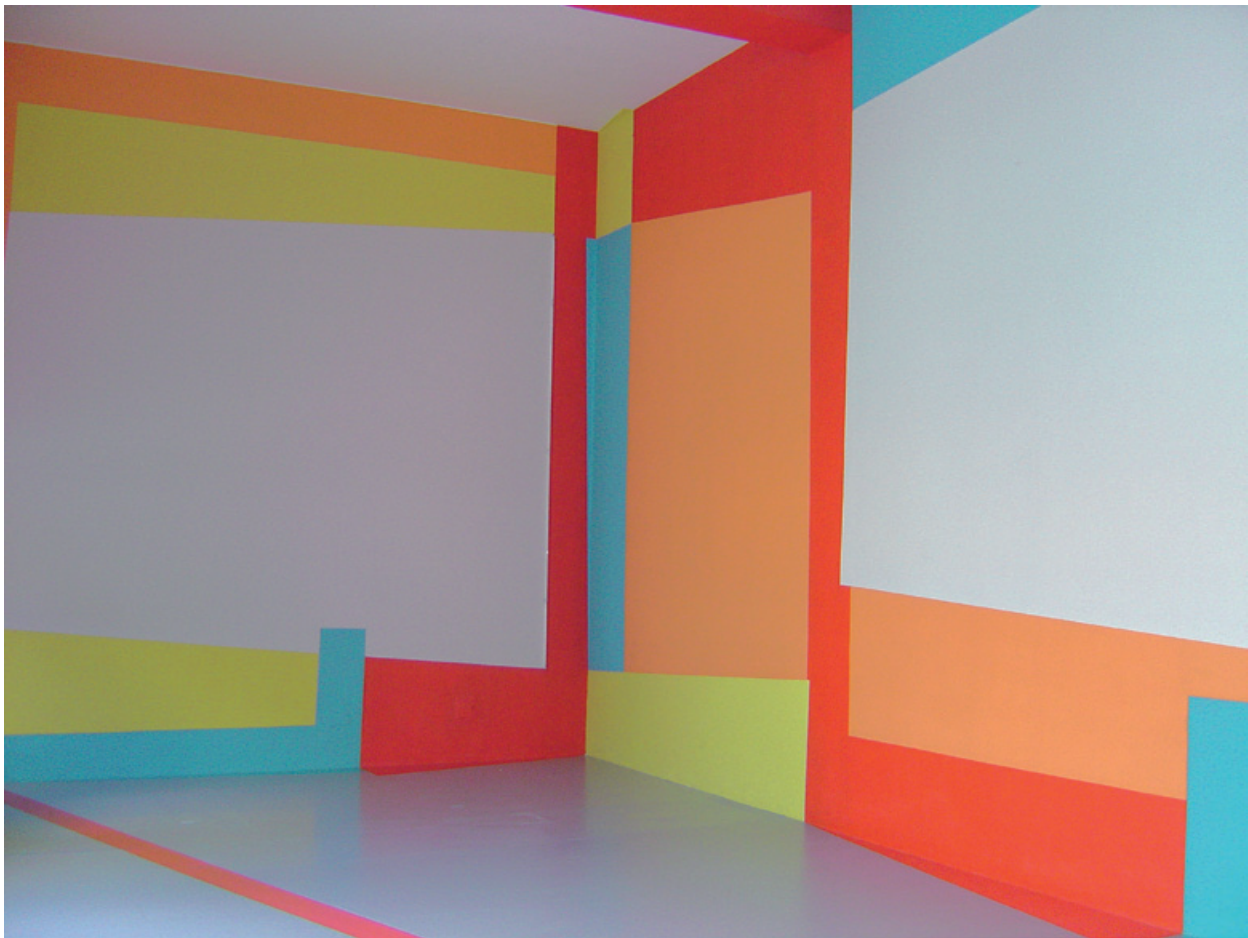
La Bauhaus planteaba una propuesta curricular simple, diseñada a partir de dos contenidos: el primero, llamado de Instrucción Práctica, era básicamente el taller donde, de la mano de artesanos y expertos, se aprendía el manejo de la piedra y la madera; del metal, el barro y el vidrio; y de los pigmentos, los textiles y los telares, apoyado en una formación en presupuestos, sistemas de producción y contabilidad; el segundo contenido se denominaba Instrucción Formal, con el cual se aprendía sobre el color, sobre la forma, la geometría, los volúmenes, la composición, la naturaleza, los materiales y el dibujo, y se aprendía también a fabricar modelos y maquetas. Todo esto confluía en los talleres, que eran espacios de trabajo colectivo donde los maestros asignaban retos y proyectos específicos que pretendían dar solución a situaciones necesarias o pertinentes a su tiempo y sociedad. Los ejercicios eran multi escalares, y en ellos se resolvían problemas desde la forma de la ciudad, la vivienda y su contenido hasta los utensilios, objetos, e instrumentos que facilitarían la vida cotidiana y que pudieran ser fabricadas bajo sistemas de producción estandarizada e industrial, pero que, al mismo tiempo, incluyera conocimiento

y contenido artesanal, dando altísimo valor al color y sus aplicaciones, al diseño y la geometría. Al mismo tiempo, existía una educación de tipo casi espiritual a cargo de Johannes Itten, una especie de monje / filósofo / artista, en la cual los estudiantes recibían un conocimiento que hoy llamaríamos *New Age*, espiritual o incluso *Millennial*. Allí, en clase con Itten, eran posibles la meditación, el cuidado del cuerpo y el bienestar; allí también se discutían y se diseñaban programas de ayunos y dietas para entender el efecto del alimento en el cuerpo, las que incluían alimentos altos en ajo, jengibre y en otras especias de Oriente.

La Bauhaus entendía el mundo como un todo, estimulaba a diseñarlo como tal y a participar de este como una experiencia multisensorial. De ahí que el diseño gráfico, la comunicación verbal y no verbal como el teatro, la música y la pintura fuesen un complemento y se entendieran como actividades claves en las estancias de esparcimiento, más allá de la vida académica. Su coherencia y radicalismo, no sólo dio frutos en sus años de duración, sino que, también hoy, participamos de sus influencias. Una vez disuelta la Bauhaus, muchos de sus miembros, estudiantes o líderes pasaron a extender sus fronteras más allá de Alemania, a diseminar sus metodologías y sus maneras de ver y codificar el mundo, a describirlo en clave Bauhaus. Gropius fue a dirigir la escuela de Arquitectura de Harvard, Mies van der Rohe, la escuela de arquitectura del Illinois Institute of Technology –IIT–, Josef y Ani Albers fundaron Black Mountain College en Carolina del Norte, Max Bill dirigió la escuela de Ulm, Hannes Meyer creó el Taller de Gráfica Popular en México, etc.

Se habla hoy, de manera muchas veces irresponsable o de manera parcial, sobre la necesidad de integrar disciplinas en la enseñanza universitaria, técnica, secundaria y primaria como garantía de eficiencia y como instrumento habilitador para ser más competitivos





Beatriz Olano, *El café (MDE07)*, pintura sobre paredes, techo y piso, dimensiones variables, 2007

y tener una mejor relación con las estructuras productivas y, sobre todo, para ser felices. Sin duda, la idea de felicidad está quizás hoy más sobrevalorada que nunca; precisamente al ponerla constantemente como requerimiento, ideal o ilusión fundamental para cualquiera de nuestras decisiones o acciones, terminamos ubicándola, casi que, como un valor utópico de realización personal, dejando de lado la vida misma con sus valores, fracasos y vivencias. Traigo este tema de la felicidad a colación, precisamente porque uno de los preceptos originales y fundacionales de la Bauhaus daba un espacio importante al ser. Posiblemente, el factor relevante en la estructura académica de la Bauhaus y el porqué de su éxito y expansión durante tantos años, no sólo reside inicialmente en su multiplicidad y naturalidad

para entender la relación entre sistemas y la codependencia entre nuestras acciones y sus efectos; me inclino a creer y a aseverar que su influencia se debe más a razones conceptuales que técnicas. Primero, su principio de que la educación debe ser primero a través de la transformación del individuo es, sin duda, su manifiesto más radical, pues establece que el individuo, una vez transformado a través de las prácticas artísticas y materiales, es capaz de vivir y actuar en comunidad. Al mismo tiempo, su énfasis permanente en que la acción, o actividad que desempeñamos para ganarnos la vida es, ante todo, una actividad del ser en su sentido más existencial, garantizando así una razón de peso inagotable a una actividad cotidiana, repetitiva, monótona y aburridora como es aquella del trabajo. En otras palabras,

la educación no buscaba de ninguna manera ser una educación profesionalizante, como es común hoy en las escuelas de arquitectura, diseño o arte. No buscaba que la gente fuera feliz *per se*; buscaba, de manera integral, la realización del ser existencial para que este pudiese hacerse un lugar en el mundo, dándole razones a la vida misma.

En un mundo y contexto como el actual, este enfoque o labor podría parecer infructuoso, e incluso irrelevante, pero se hace necesario en la medida en que vemos el desplazamiento sufrido por las profesiones liberales y humanistas, dado su carácter poco mercantilista en un mundo que privilegia el valor agregado, sobre cualquier cualidad del ser, especialmente en un contexto tecnocrático y, en muchos casos, absurdamente funcionalista como el nuestro, donde, sin duda, se alientan las profesiones o actividades con capacidad productiva, ingenieril o de gestión de eficiencias, sobre aquellas que permiten reflexionar, imaginar o pensar en mejores modelos de vida por medio de prácticas liberales descargadas de compromisos puramente pragmáticos o de alta productividad.

### Enlazar saberes, tradiciones y tecnología para repartir y actualizar las oportunidades

La Bauhaus se funda sobre unos propósitos fundamentales: la fusión y diálogo reunificado de las artesanías con la industria. Gropius creía que únicamente a partir del diálogo entre sistemas de producción y saberes, la transformación del mundo y la sociedad era posible.

Los talleres buscaban la integración social a partir de los procesos conjuntos de fabricación de piezas de uso cotidiano; es decir, que los sistemas de producción eran dirigidos, coordinados y ejecutados desde los criterios humanistas y al servicio del ser y de

la comunidad, nunca aislados de la oportunidad colaborativa. La mirada de Gropius sobre este aspecto es inteligente y podemos aprender mucho de ella, pues no se arrojaba ciegamente a los valores de la industria y la tecnología del momento, de manera acrítica como podríamos aseverar que sucede hoy en día con las promesas de la cuarta revolución industrial en nuestro medio, sino que, a partir de construir enlaces entre saberes tradicionales como la artesanía y el arte moderno, de la mano con las posibilidades industriales de fabricación en masa, fue posible construir la, en su momento incipiente industria del diseño, hoy absolutamente necesaria en la sociedad contemporánea y generadora de millones de empleos e identidades culturales forjadas en la cultura material.

De manera crítica y propositiva al mismo tiempo, tratando de construir un poco de contexto actual en este aspecto, y en relación con nuestras instituciones, sorprende la ausencia de este tipo de estrategias de enlace de conocimientos en instituciones oficiales como Ruta N o en las políticas de fomento a emprendimientos, pues sólo consideran innovación y tecnología aquellas miradas fundamentadas en *bytes* y *chips*, cuando, en realidad, en nuestro contexto, las oportunidades posiblemente residan en construir enlaces entre tiempos, saberes y tecnologías, bien sean modernas o ancestrales, mientras forjamos y reforzamos tradiciones culturales.

No me cabe la mínima duda de que en la revolución de los *bytes* existen oportunidades y grandes saltos productivos para el bienestar social. Lo que verdaderamente me desconcierta es la ingenuidad con la que directivos, políticos y empresarios se lanzan a semejante empresa, a ojos cerrados, con la firme ilusión de que podemos jugar un rol importante. Pero la competencia es injusta, y no sucede de igual a igual. En este terreno, no sólo competimos contra presupuestos que fácilmente pueden

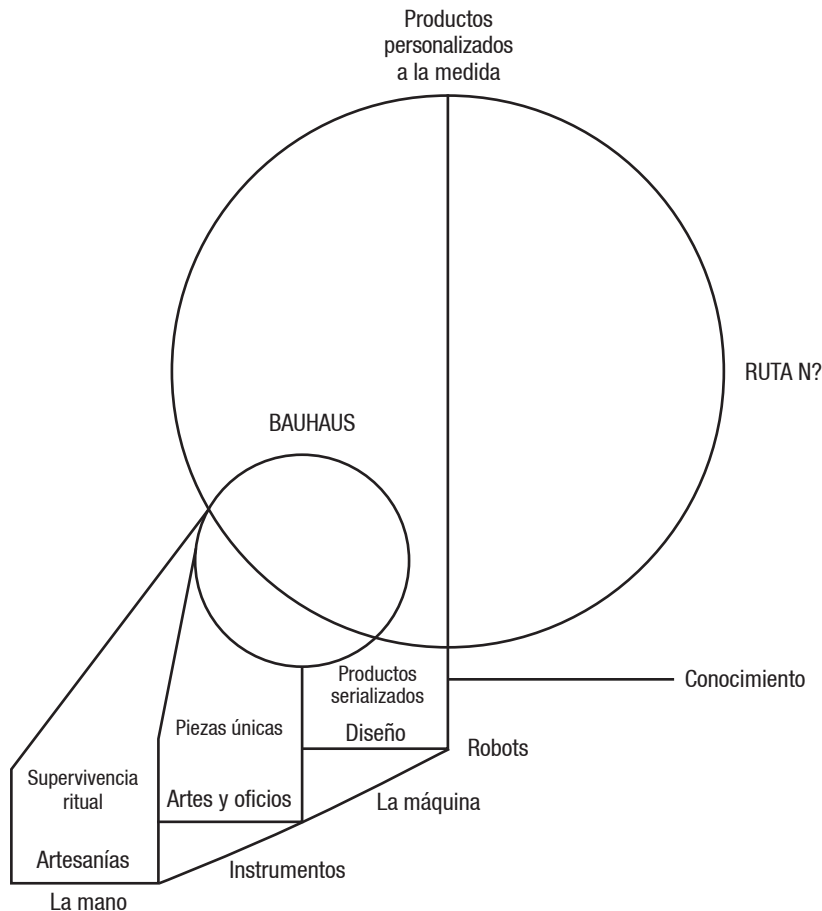
ser iguales o mayores al PIB de Colombia; también competimos contra la historia y el desarrollo humano de civilizaciones y culturas que han hecho, por así decirlo, toda la escalera (ver imagen) de procesos cognitivos, sociales y económicos para estar en las posiciones privilegiadas en las que se encuentran.

Me gustaría creer que Ruta N, apoyado en nuevos emprendimientos educativos y pedagógicos, tendría la capacidad de abrir las puertas a nuevos desarrollos humanistas en los que se integren los tiempos, los sistemas de producción vigentes y futuros, pero, sobre todo, que sea capaz de absorber diferentes grupos sociales más allá de aquellos formados por emprendedores digitales. Sería dar entrada a personas con capacidades ya limitadas por el mercado laboral, a otros que nunca pudieron acceder a sistemas formales, pero que

su saber ancestral les permite darle valor cultural a piezas únicas y productos específicos. Este enlace provocaría una dinámica cultural eficiente, facilitando la transmisión de conocimiento de manera más acelerada, democrática y abierta para nuestras capacidades actuales. Permitiría dar un salto cuantitativo y cualitativo en las capacidades instaladas, pues sería posible fusionar y construir conocimiento para el artesano digital o para el programador mecánico.

### El arte como aspiración máxima, un territorio de reflexión, conciliación y confluencia

Para Gropius, el diseño y el arte eran las maneras totales de pensamiento y eran el instrumento fundamental en la transformación



individual y humana. El hacer y el pensar eran entendidos como una sola entidad, no disociada de la vida y la integración de profesores y estudiantes fue un sello claro y particular de la escuela, pues no sólo se forjó una manera de pensar, sino un nuevo lenguaje. Para cerrar, y a manera de conclusión, me gustaría proponer que se retomara la idea del arte como aspiración máxima de una sociedad, como un lenguaje de diálogo entre semejantes, allende las situaciones que definen nuestro ser o nuestra situación particular de la vida. Creo necesario instaurar espacios de diálogo conciliador, no para estar de acuerdo todos, pues esto ya sería dogma, sí con la posiblemente ingenua ilusión de creer que podemos acercarnos a comprender las diferencias y respetarlas. La Bauhaus era un territorio particular de seres diversos y opuestos que convivían en espacios comunes, a pesar de sus diferencias. No eran un misterio las rencillas entre Gropius y Hannes Mayer, o entre este mismo y Mies, pues sus ideologías políticas los separaban y en muchos casos los enfrentaban, tanto en privado como en público. Gropius creía en el poder del arte y del individuo articulados en los sistemas de producción en masa, mientras que Mayer, un comunista militante, entendía el mundo y sus relaciones de manera diferente: creía en el arte, pero tenía otra visión para los modelos de organización social, fundamentados en comunidades. Aun así, a pesar de sus diferencias políticas y con sólo dos años frente a la dirección de La Bauhaus, Gropius fue el responsable del mayor número de encargos de desarrollos industriales a la escuela durante su existencia; dejó de lado sus sólidas opiniones en pro de lo comunitario y de lo necesario para el colectivo y para su supervivencia.

La Bauhaus, ejemplifica, en tal sentido, que dejar las rencillas a un lado y trabajar con personas mejores que nosotros no nos quita poder, no empequeñece nuestras acciones. El

equipo de la Bauhaus fue lo que se llamaría en fútbol o básquetbol un *Dream Team*. El listado de sus profesores alumnos y graduados es quizá la nómina más influyente en el arte, en la arquitectura y en el diseño del siglo xx: Johannes Itten, Paul Klee, Wasily Kandinsky, Anni y Josef Albers, Gunta Stöltz, Lyonel Feninger, Oscar Schlemmer, Herbert Beyer, Laszlo Moholy-Nagy, Ludwig Hilberseimer, Mies van der Rohe, Hannes Mayer, Marcel Breuer, Marianne Brandt, Max Bill, Gertrud Arndt y, muchos otros, son un legado de revolucionarios, transformadores y maestros que cambiaron nuestra cultura material y artística para siempre. Ellos convivieron bajo el mismo techo, en la misma institución, con un propósito común, transformar a un país devastado y a su sociedad utilizando los recursos del arte y las nuevas formas de expresión liberal del ser. Sobre la premisa de que aquellos, mejores que nosotros, no son una amenaza, son la garantía de que nuestras ideas, planes y propósitos crecerán de manera sólida, con el punto de vista del otro y con sus amables y generosas críticas, redireccionamientos y nuevas miradas.

Hoy, en la celebración de su centenario, no dudo en afirmar que el mayor legado de la Bauhaus radica en su capacidad de alcanzar logros colectivos e, insisto, en abrir las puertas a la diferencia, lo cual es una garantía de prosperidad y estabilidad. Hagamos de nuestras instituciones estructuras abiertas, fuertes y, al mismo tiempo, divergentes en su interior, pues de tal disputa sólo pueden surgir mejores argumentos para existir y para hacernos necesarios en un mundo que cambia velozmente.

**Camilo Restrepo Ochoa** es arquitecto de la Universidad Pontificia Bolivariana, donde se desempeña como profesor, y tiene una Maestría en Arquitectura de la Universidad de Cataluña.